

FUERA DE JUEGO

Anna Boluda

Premio 'Paraules d'Adriana'

Sant Adrià de Besòs, marzo 2015

Linfoma. Lin-fo-ma. Tres sílabas como tres bofetadas. De Hodking, por ponerle apellido, no sea que el nombre solo no acojone bastante. Hasta hace tan sólo unas horas ni siquiera había oído hablar de esta enfermedad. Ahora creo que ya hemos googleado todo lo googleable sobre el tema. Ester parece tranquila, pero creo que es porque aún no ha asimilado el diagnóstico. Porque aún no es consciente de que todo eso que hemos estado investigando ante la pantalla aséptica del ordenador es lo que tiene dentro del cuerpo y se la está comiendo. Es bien entrada la madrugada y acaba de conseguir dormirse, después de un cóctel de antitérmicos y orfidales y de horas de elucubrar cómo se las arreglará para combinar el tratamiento que le tengan que administrar con el nuevo proyecto que acaban de ganar en la consultora. Justo ahora que la acaban de ascender, una vez más, y que previsiblemente tiene que ir a la India todos los meses, y que ya es una de las únicas cinco mujeres con tanta responsabilidad dentro de la división europea de esta macro multinacional donde le chupan el tiempo a cambio de engordarle la cuenta bancaria de manera casi obscena.

Yo la miro desde la puerta de la habitación y me parece un milagro que pueda respirar con calma, tras estas semanas de malestar inaguantable, delirio febril y el pánico que comporta la incerteza. Ahora por lo menos ya sabemos qué cara tiene el monstruo. Mi parte racional quiere agarrarse a las estadísticas con uñas y dientes: el setenta y cinco por ciento se curan. Tres de cada cuatro. Mis vísceras hace horas que sienten que, digan lo que digan los números, esto tiene mala pinta. Uno de cada cuatro no lo superan. Se mueren. Y por primera vez en la vida me ha abandonado la seguridad de que, si te esfuerzas, las cosas salen como tú quieres.

Hasta ahora no me ha fallado nunca. Ni en la facultad, ni para encontrar trabajo, ni para conseguir la beca que me ha permitido vivir año y medio en Nueva York, ni para poder trabajar nada más volver en la mejor productora de documentales, tal y como yo quería. Es fácil: te marcas un objetivo, das los pasos necesarios lo mejor posible y llega el resultado. Pero ahora no está en mis manos, y es esta impotencia la que me tiene fuera de juego. ¿Y qué pasará ahora? ¿Cómo será el tratamiento? ¿Tendremos que ir mucho al hospital? ¿Cómo me voy a organizar, si mi horario es eterno y desde que me han concedido algún día para acompañar a Ester a hacerse pruebas me tratan como si les debiera la vida? Desde que tengo memoria he intentado hacer caso a mis instintos y no dejar de lado mis principios. Sé que ahora haré lo mismo.

Al fin y al cabo, el trabajo tiene la importancia que tiene, ni más ni menos. Ester hace años que dice que a los cuarenta se retira, que ya habrá ahorrado bastante para hacer un cambio de vida. Los cumple el mes que viene, pero diría que

no es esto lo que tenía en mente. Tose un poco y se destapa sin querer. Le recoloco la sábana, la beso en la frente y salgo de la habitación sin hacer ruido, a convivir un ratito con el ardor de las lágrimas que durante el día no puedo permitirme mostrar. Es la primera vez que hago este ritual. No será la última.

—¡Anna! —grita Ester desde el baño.

—¿Qué quieres?

—Ven, por favor.

—¡Un momento!

Tengo la cocina empantanada. Esto de rebozar pescado no es mi especialidad. Hace un par de meses ni siquiera sabía hacerlo. Ni eso ni muchas otras cosas, pero a todo se aprende. Sea cocinar el plato preferido de Ester, uno de los pocos a los que aún les encuentra gusto a pesar de la amargura metalizada que le deja la quimio en la boca, sea jugar a disimular quién soy yo cada vez que hablo con su secretaria para hacerle llegar los papeles de la baja.

Me limpio los restos de harina de la punta de los dedos y voy hacia el baño. Ester está sentada de cara al espejo, con la máquina de rapar el pelo que compramos ayer ya preparada, las manos sobre el lavabo para que no le tiemblen y la voz rota.

—Yo sola no puedo. Quería, pero no puedo. Ayúdame.

La abrazo por detrás como sé que la calma y le paso los dedos por el pelo. Algunos se me quedan en las manos.

—A ver, señorita, ¿quiere un corte a lo Sinnead O'Connor o hacemos algo más original? ¿Y si lo cortamos a rayas, así tipo *senyera*?

Estalla a reír y grabo a fuego este sonido en la memoria, porque no quiero olvidarlo nunca. Ni eso ni las breves chispas que se le reflejaron en los ojos el día en que le dije que, a partir de entonces, a la hora de cenar, íbamos a hacer recuento de los momentos bonitos que hubiese tenido aquel día. Y que, en caso de que no hubiese tenido ninguno, aprovecharíamos la música del patrocinador del tiempo para bailar agarradas a lo largo de aquel gran comedor que, a fuerza de no habitarlo porque nunca parábamos por casa, siempre me había parecido el escaparate de una tienda de muebles. Ahora es, junto con el hospital, el sitio donde pasamos más horas del día. Y aquí o allí nos sorprendemos tarareando la cancioncita en cuestión en los momentos más inesperados: *Heaven, I'm in heaven, and my heart beats so that I can hardly speak...*

Prácticamente nuestra vida ahora se limita a eso, entre el ir y venir del hospital, a consulta, a hacer análisis, a por la enésima prueba o a administrar el tratamiento, y cuando los efectos secundarios lo permiten. No fueron pocos quienes intentaron sacarme de la cabeza que me dedicara a hacer de enfermera aficionada en turnos ininterrumpidos de veinticuatro horas. No lo aguantarás, me decían. No te toca pasar por eso a tu edad, opinaban otros. Huye, huye ahora que puedes, vete y mires atrás, me recomendaron algunas supuestas amigas de Ester que no han vuelto a visitarla desde que la enfermedad se le ve en la cara. Por no molestar, dicen. Por cobardes, digo yo.

Lo único que me importa es seguir adelante. Cruzar los dedos para que esta combinación de venenos que le ponen en la sangre haga su función. Y pensar en qué podremos hacer hoy, porque mañana me pilla demasiado lejos. Si el día va bien, quizá iremos a pasear a la playa, le compraremos ropa de tallas cada vez más pequeñas, o compartiremos otro libro en nuestro club de lectura particular. Si no, pasaremos las horas entre termómetros y angustias, taxis que nunca llegan cuando más los necesitas y esperas interminables en la sala de urgencias. Y todo, a poder ser, sin perder la calma, cogiéndola de la mano y asegurándole con toda la convicción del mundo que todo va a ir bien, que esta batalla ya la tiene casi ganada y que muy pronto podremos pasar página.

Sé que nunca se me ha dado bien hacer de actriz, pero ella me hace creer que este papel lo bordo.

No sé si es una suerte o una desgracia, pero la hematóloga que la lleva es como un libro abierto. En cuanto mira los resultados del último TAC vemos cómo le cambia el gesto.

—No tengo buenas noticias, chicas. Todo indica que el linfoma se ha vuelto quimioresistente —la palabra se me instala entre las neuronas y me acompañará noche y día durante los días siguientes: quimioresistente, quimioresistente, quimioresistente...—. Se ha extendido a zonas donde antes no estaba, así que tenemos que modificar el tratamiento de manera inmediata para pararlo.

Ester la mira en silencio, y asiente lentamente, sin que le cambie el color de la cara. O quizá es que ya no puede estar más pálida.

—Haremos una nueva combinación de quimio, y es un poco más fuerte que la anterior, así que es posible que haya que ingresarte en algunos momentos —continúa la médica con unas palabras que debe haber repetido miles de veces, pero en un tono que te hace sentir milagrosamente especial, única y protegida a la

vez. Se dirige a Ester sin desviarle la mirada en ningún instante, como respuesta a lo que ella le pidió el primer día: quiero saberlo todo y en todo momento, no quiero que se me esconda ningún detalle, nunca —. Necesitamos confirmar algunos datos para el expediente. ¿A quién quieres que pongamos como persona de contacto?

—A Anna —responde Ester con decisión—. Legalmente no somos nada, pero si hace falta podemos ver cómo lo arreglamos, o firmamos algo... —continúa mientras va perdiendo la seguridad con que había comenzado.

—Por eso no os tenéis que preocupar en absoluto. Aquí lo único que tenemos en cuenta es lo que tú nos hayas dicho, el resto no nos importa —contesta la doctora con una sonrisa amplia y sincera que hace las veces de un abrazo.

Ester respira más tranquila y yo la miro de reajo. Lo que acaba de hacer no ha sido nada fácil para ella. Tantos años de vivir escondiéndose la han hecho una maestra en el dominio de los eufemismos, las verdades a medias y las fórmulas neutras. En el trabajo no habla de su vida privada, por si revelar que tiene pareja (la palabra sin género por excelencia) pudiera despertar sospechas. En el buzón de casa, de su casa, a la que me mudé de manera provisional mientras decidíamos buscar una nueva para las dos, no aparece mi nombre. Y aunque a su familia se lo explicó hace años con todas las letras, ellos hacen como si aquella conversación a gritos (su peculiar manera de comunicarse las cosas importantes) no hubiese existido nunca. En su pueblo, un pequeño puñado de casas bajas sin ninguna gracia camino de las montañas, es evidente que todo el mundo sabe quién es esa que la acompaña cada vez que va de visita. Pero hay palabras que nunca se dirán en voz alta.

Que no se sepa. Que se disimule. Hacer como si no. Aparentar lo que no es. No te acerques demasiado, que nos notarán algo. Por no incomodar a los demás, que no lo entienden. No era mi manera de funcionar, ni me resultó sencillo entrar en este tipo de razonamiento, pero con el tiempo me he ido adaptando. Por ella. Por su pánico a hacerlo público. Por el temor a consecuencias entre los tiburones con corbata de la empresa. Para no distanciarse aún más de una familia con la que prácticamente no tiene nada en común.

Sé que la simpatía con que nos tratan en el hospital la tiene descolocada, pero no dirá nada. Se mostrará fuerte por fuera, como siempre, incapaz de admitir que quizá las cosas pueden ser diferentes a las películas que se ha montado desde hace tanto que ya no sabe si el argumento es de ficción o de esos basados en hechos reales. Tampoco importa ahora. Salimos de la consulta y me coge muy

fuerte de la mano. La piel de los dedos destila impotencia y desesperación. La abrazo por los hombros y vamos hacia casa.

Al llegar, el espejo me devuelve un segundo mechón blancuzco que me confirma que las canas pueden aparecer de un día para otro.

El sol entra a raudales por los grandes ventanales del comedor mientras acabo de quitar la mesa. Hoy ha venido su familia a verla. La hermana y el cuñado se han ido a pasear con el último sorbo de café. Ya han aguantado más de lo que lo hicieron durante las cinco semanas de ingreso en la sala de aislamiento. Ella apareció sólo un par de veces, porque no le gustan los hospitales y le hacen pasar mal día. Debe ser que al resto nos entusiasman. Por toda comunicación con Ester, un lacónico "es que no sé qué decirte" que me daba ganas de partírla la boca a martillazos. Y eso que dice que es psicóloga. Él ni tan sólo se dejó caer esos días. Creo que no le habíamos vuelto a ver desde el día en que les comunicó el diagnóstico, cuando se limitó a preguntar si era de origen genético. Ni tan sólo se molestó en disimular el bufido de tranquilidad cuando supo que no lo era.

El padre dormita en la butaca y de vez en cuando rompe el silencio con un "ay, hija mía" que dice más de lo que él querría. La madre se dedica a repasar los botones de los pijamas nuevos que hemos comprado para Ester. Y ella controla el mando de la tele buscando el canal con más cantidad de diálogo para que no sea tan evidente la tensión presente en la sala.

Yo aprovecho para preparar una nueva partida de cigarrillos de marihuana. Es lo único que le calma la náusea, y como siempre he sido un auténtico desastre para liarlos, me he comprado una maquinita. La madre me mira con los ojos como platos y la beatitud de misa diaria se va transformando en furia incontenible. Y, al final, salta.

—Eso es lo que faltaba. ¡Que ahora os hagáis drogadictas! —los ojos inflamados, la voz descontrolada—. No tenemos suficiente con lo que ya le pasa, que vete a saber si no será por la vida esta que lleváis, que ahora os tenéis que hacer drogadictas. ¡Ay, dios mío!

Yo me muerdo la lengua hasta hacerme daño y Ester cambia de canal como ni no hubiese pasado nada. No le quedan fuerzas para disputas estériles. Encuentra un drama de los habituales en cualquier canal en domingo después de comer y sube el volumen. En la pantalla, un cementerio de esos tan verdes y bien cuidados que dan ganas de ir a pasear. Un grupo de gente alrededor de un ataúd. Pájaros que

observan la escena desde la rama de un árbol. Y la música del telefilm como banda sonora dentro y fuera de la película.

—Yo aún no os he dicho lo que quiero que hagáis cuando llegue el día —suelta Ester sin prolegómenos—. Quizá ahora que estáis todos aquí sería un buen momento.

—¡Ni pensarlo! —la madre parece enloquecida, prácticamente fuera de sí—. De eso no hace falta hablar ni hay ninguna necesidad. Qué cosas dices. ¡Calla! ¡Calla! —el vecino de tres pisos más abajo también debe de haberla oído. Se levanta rápidamente y empieza a recoger el costurero.

Cuando están a punto de irse, intenta sin éxito parecer conciliadora.

—¡Ay, Anna, qué haríamos sin ti! Gracias que la cuidas tanto —a mí se me eriza la piel del cogote ante esta muestra sublime de hipocresía mientras le mantengo la mirada—. Pero debes de estar muy cansada. Quizá puedes irte unos días a tu casa —a la de mis padres, debe de querer decir, o a donde sea, en realidad, porque lo que está haciendo es un circunloquio más o menos elaborado para decirme que desaparezca—. Y ya vendré yo a estar con Ester. O nos la llevaremos al pueblo...

—Mamá, ya te he dicho que yo quiero que me cuide Anna —responde Ester desde el sofá, sin poder vernos de pie cara a cara en la puerta de casa, pero atenta a todo lo que decimos—. Si nos hace falta ayuda como cuando estuve ingresada, ya te volveremos a pedir que vengas unos días, pero ahora en casa nosotras dos ya nos apañamos bien.

La madre me lanza una mirada de odio enquistado y se marcha sin decir adiós ni cerrar la puerta.

Tres cuartos de hora después de salir de casa conseguimos llegar a la orilla del mar. Antes tardábamos escasos diez minutos en recorrer las cinco calles que nos separan de la playa, pero Ester camina muy poco a poco y este calor tampoco se lo pone nada fácil. Nos sentamos en un banquito, porque no le queda ánimo para pasear por la arena, y fija la mirada en aquella línea difusa donde acaba el agua y comienza el cielo.

—Hoy es el último día que veo el mar —dice, sin ningún sobresalto, como quien afirma que la tierra es redonda.

—Te quiero —respondo cuando creo que ya no se me notará el nudo en la garganta.

—Lo sé, pequeña. Y yo no sabía que se podía querer de esta manera —me habla con una sonrisa tierna y no me deja hacerle perder el hilo de lo que parece una conversación muy pensada—. Me has hecho muy feliz, y quiero que tú también lo seas. Que encuentres otra mujer, que rehagas tu vida, que no vivas pensando en mi ausencia. Y que nunca más tengas miedo de nada ni de nadie. No vale la pena.

Por primera vez se me escapan dos lágrimas como balines de plomo delante de ella. Me las seca con la yema del dedo y hoy es ella la que me abraza a mí. Retomamos el camino de vuelta en silencio, con descansos en cada esquina y ojos como esponjas para absorber los colores de cada instante.

Al día siguiente volverá a entrar en el hospital. Y ya no saldrá.

En el pueblo no cabe ni una aguja. Si pasaran lista, no faltaría nadie. Incluso han cerrado el bar durante un rato. En la plaza de delante de la iglesia hay también mucha gente del trabajo, y todas las amistades. Yo sigo con la impresión de tener el cerebro flotando en formol. La misma sensación de que todo esto no está pasando desde que el viernes a última hora una doctora suplente me dijo que ya no podían hacer nada más. Que me dejaba encargada de comunicárselo a la familia, porque ella se iba de fin de semana y no sabía si Ester llegaría al lunes. Y que a ella era mejor no decírselo.

La madre no me quiso creer cuando se lo conté. Necesitó que se lo confirmaran el sábado para decidirse a informar a la hermana y al cuñado, que se habían ido de vacaciones a la otra punta del mundo, y pedirles que volvieran en seguida, porque tú imagínate, qué dirán si llega lo peor y vosotros estáis vete a saber dónde. El padre no dejó de llorar en silencio en un rincón del pasillo del hospital. Y yo superé mi aturdimiento para explicarle a Ester, a escondidas y de la manera más dulce que supe, que el final estaba a punto de llegar. Como si ella no lo supiera ya.

Durante casi veinte horas diarias no me separé de su lado, y aún pudimos hacer una escapada en silla de ruedas a la terraza del hospital para ver la puesta de sol sobre los tejados de la ciudad. El martes a mediodía llegaron la hermana y el cuñado, directos desde el aeropuerto. Después de comer empezaron a administrarle calmantes. Y la madrugada de aquel 29 de agosto, diez meses y diecisiete días después de saber cuál era el mal, la luna llena y yo pudimos observar que lo del último suspiro es totalmente literal.

Desde entonces tengo una especie de nebulosa inconexa. El momento que las enfermeras me permitieron estar a solas con su cuerpo al hospital, para poder

gritar lo que llevaba tanto tiempo guardado. La escena con los padres en el despacho de la funeraria, pasando las páginas del catálogo de ataúdes con la decisión tomada de hacerle misa y enterrarla en el pueblo, claro, qué vamos a hacer si no, siendo como es que ella no dejó nada dicho. Mi negativa radical a que le pusieran una cruz en la caja y en el recordatorio. La madre que finalmente cede a no estampar un padrenuestro y me deja elegir un poema de Martí i Pol. *Parlem de tu*. Días después me lo encontraré subrayado dentro de uno de los libros de Ester. El intento de comunicar la noticia uno por uno a todos sus contactos. Abandonar a mitad de la letra a. Las horas deslumbrada por la frialdad de las luces del tanatorio. Los incontables compañeros de su trabajo que se me acercan con todo el repertorio de frases de pésame. El abrazo de su secretaria. Aquellas supuestas amigas que, hoy sí, han venido a verla. El cuñado erigido en portavoz de la familia que me pregunta cuánto tiempo tengo previsto quedarme en el piso. Mis padres y mi hermana que han hecho quinientos kilómetros para estar a mi lado, aunque no saben encontrar las palabras justas. Porque no existen. La carretera hasta llegar al pueblo, que hoy se me ha hecho más larga que nunca. Las montañas que retornan el repicar de las campanas.

Abren las puertas de la iglesia y cada uno ocupa su sitio. En primera fila, ante al ataúd con las iniciales, la madre, el padre, la hermana y el cuñado. A mí me han puesto justo detrás. Hay gente de pie en los laterales y al fondo de la nave. Algunos no han podido entrar. Se hace el silencio.

—Hermanos, nos hemos reunido hoy aquí para despedir a nuestra hermana Ester —canturrea el cura con aquella voz entre pegajosa y gutural—. Y para acompañar en su duelo a sus padres y hermanos —continúa mientras señala con la cabeza a la primera fila. Ahora resulta que al cuñado en términos de misa le dicen hermano, ya ves tú, pienso yo—, y a todas aquellas personas que también la quisimos.

De entrada no lo acabo de procesar. Todas aquellas personas. Que la quisimos. Me está poniendo en el mismo saco que a toda esta otra gente. Y que a sí mismo. Me remuevo en el banco y la madre se gira nerviosa y con el dedo apretado ante los labios me pide silencio. El mosén continúa con los tópicos de rigor y vuelve:

—Son momentos muy duros para los padres y hermanos, y para todos los que la hemos conocido —ara ya no hay ni la categoría quienes la hemos querido, con haberla conocido ya es suficiente.

Sin saber muy bien qué estoy haciendo me levanto del banco y me quedo mirando la nuca de los que tengo delante. No es hasta que el cura se calla y se me queda mirando que se giran a ver qué sucede.

Mil frases malsonantes me cruzan la mente, pero consigo pararlas con la punta de los dientes. En silencio y envuelta de ojos boquiabiertos, dejo mi sitio y enfilo el pasillo central, camino de la puerta y con la cabeza bien alta.

—Desgraciados —se me escapa flojito. Era el insulto preferido de Ester.